

# De la transcendencia del pensamiento comunicado

MARÍA JESÚS CASALS CARRO  
Universidad Complutense de Madrid

*Evidentemente, el hombre está hecho para pensar. En esto radica toda su dignidad y todo su mérito; y todo su deber es pensar como hace falta. Ahora bien, el orden del pensamiento es comenzar por sí mismo, y por su autor y su fin.*

Blaise Pascal: *Pensamientos*

He llevado a cabo una investigación financiada por la Universidad Complutense sobre quién publica en los diarios españoles y cuánto se escribe. El periodo estudiado fue desde el 1 de septiembre de 2000 hasta el 1 de septiembre de 2001: un año, el primero en la transición de siglos. El proyecto tenía un propósito cuantificador pero también otro analítico de cualidades expresivas: ¿quién habla? ¿Quién representa en un determinado momento la voz social? ¿De qué se habla? ¿Cuáles ideas e ideologías se comunican? ¿Qué se revisa? ¿Qué y cómo se piensa? ¿Cómo se persuade? En definitiva: ¿Cuál es en España, en esta época de frontera entre dos siglos, el pensamiento y los temas de nuestro tiempo?

Vayamos por partes: he terminado mi trabajo cuantificador. He analizado cada día durante ese año 7 diarios españoles de información general (*El País, ABC, El Mundo, La Vanguardia, El Periódico de Cataluña, El Correo y La Voz de Galicia*). Son los de mayor tirada y representan además a varias comunidades autónomas. Estos periódicos también se publican en Internet. ¿Cuántos artículos se escriben en España durante un año? La respuesta es tan precisa como lo son los números: redondeando, 20.000. Esa es la cifra. Más de 20.000 fichas de artículos, algo más de 50 artículos diarios. Y no he tenido en cuenta

los artículos editoriales ni las críticas ni los artículos de los suplementos especiales ni de los locales. He trabajado únicamente sobre la sección de opinión de cada periódico que contiene las columnas y los artículos de colaboración, tradicionalmente llamados de Tribuna Libre. Y son estos artículos los que cada diario en su versión electrónica agrupa bajo el genérico epígrafe de opinión.

La nómina de articulistas es menos abultada: casi 2.500 periodistas, escritores, ensayistas, expertos, pensadores, que se dirigen diariamente a nosotros, lectores, y también a todos ellos, los dirigentes. Miles de ideas propuestas y millones de palabras impresas en la primera época del siglo XXI. No sería posible esta realidad de papel, de tanta tinta, si no se creyera firmemente en el poder de la palabra.

Los 2.500 autores de estas piezas periodísticas son una expresión social muy completa por la variedad de firmas. Todas ellas en conjunto representan el saber del comienzo del tercer milenio y las diferentes actividades profesionales: científicos, filósofos, teólogos, juristas, ingenieros, artistas, sociólogos, periodistas, políticos, escritores, economistas, abogados, sindicalistas,... Los artículos periodísticos de opinión tienen toda la vida de la polis actual, y son la plaza pública de los sofistas actuales,

herederos de aquellos sofistas de la Grecia clásica de Sócrates que fundaron el humanismo y el concepto de educación. Estas piezas escritas entre lo literario y lo divulgativo, lo ideológico y lo científico, y entre los extremos de la razón y de la pasión, muestran las preocupaciones sociales, las tendencias ideológicas y un modo de decir; y todo ello casi siempre ligado a numerosas parcelas de la realidad, a eso que los periodistas recrean con el concepto de actualidad.

Con esta investigación, y a lo largo de mi vida lectora, gracias a los artículos periodísticos he aprendido mucho. He aprendido nociones, conocimientos, estilo y palabras. Pero lo mejor que me han brindado los miles de artículos que he leído es facilitarme una herramienta para ejercitar el pensamiento y valorar el alcance del pensamiento. Esa herramienta es la idea comunicada que busca la racionalidad en las palabras para lograr una de las más altas aspiraciones de la inteligencia: la dialéctica socrática en pos de la persuasión.

La persuasión no es imposición. Fue el didáctico Aristóteles el primero que se propuso crear un método y una racionalidad en la elaboración del discurso. En la *Retórica* Aristóteles nos dejó un tratado de psicología comunicativa, definió el concepto de persuasión y, junto con su teoría de la argumentación (*Argumentos sofísticos*) legó una estrategia de racionalidad para lograr ser verosímiles. Esto es importante: Aristóteles se percató de la trampa que contiene el concepto de verdad. Prefirió hablar de una necesaria verosimilitud como puerta de la credibilidad. Por eso también distinguió la retórica de la dialéctica. Ambas tratan sobre temas opinables, pero la dialéctica expone y la retórica busca en cada caso aquello que "es apto para persuadir, como lo que parece serlo". La retórica entonces sirve a lo opinable y lo opinable hay que saber confirmarlo y, sobre todo, refutarlo. Es un ejercicio de razón: Como los medios de persuasión se dan por lo persuadible, es claro que sabe manejarlos el que puede razonar lógicamente (*Retórica*, I, 2-20)

La retórica es una disciplina argumentativa y Aristóteles le otorga al discurso tres elementos especiales: el que habla, de aquello de lo que se habla y aquel a quien se dirige. ¿No es esto el paradigma comunicativo (emisor, mensaje, receptor)? ¿No recuerda la teoría sobre las funciones del lenguaje de Roman Jakobson (1984) a este mismo esquema: función expresiva, función referencial y función apelativa? A mis alumnos de Periodismo les aconsejo la *Retórica de Aristóteles* porque creo que es la primera obra sistematizada sobre la comunicación de nuestra cultura occidental.

El racionalismo cartesiano con su concepción de una nueva verdad que sólo residía en la ciencia, y el secular concepto platónico de opinión en su casi imposible relación con la verdad, lograron apartar durante siglos la retórica aristotélica o la teoría de la argumentación de cualquier estudio filosófico. Fue el pasado siglo XX cuando comenzó a recuperarse y gracias en buena medida al Grupo de Zurich y su tendencia filosófica que denominó como "neo-dialéctica". Ferdinand Gonseth (1890-1975), líder de este grupo, enseñó una filosofía abierta cuya idea predominante fue no partir de principios fundamentales considerados "a priori" como verdaderos, sino, por el contrario, elegir los principios y construir la teoría de tal manera que se pueda permanecer siempre abierto a la experiencia. La responsabilidad, la racionalidad y el principio de revisión fueron los pilares de este grupo filosófico.

Chaïm Perelman perteneció al grupo de Zurich y publicó con Lucie Olbrechts-Tyteca el *Tratado de la argumentación* en 1957 con el propósito de rescatar el uso de la retórica aristotélica. Es una obra importantísima para estudiar el valor de la palabra en su relación con la idea, para enseñarnos racionalidad argumentativa.

Con Aristóteles, y con Perelman, aprendimos que es necesario persuadir y que persuadir es negar la violencia despertando nuestra capacidad de razonar.

Y en eso consiste la argumentación. Aunque, claro, también hay contra-argumentos, es decir, pseudo-razonamientos que no ayudan precisamente para lograr una coexistencia pacífica entre seres humanos. Estos pseudo-razonamientos son las falacias. En este sentido habría que precisar que mentira no es sinónimo de falacia. Una mentira es la comunicación de una falsedad con conciencia de ello. Una falacia es un pseudo-argumento porque no es racional, tiene cierta trampa y suele basarse en una intención generalmente dogmática y excluyente.

¿Por qué se escribe tanto? Uno de los principales motivos es porque nada en esta vida es definitivo y la verdad no está en un cuerpo celeste esperando que la encontremos. Tampoco es una idea que aguarda a ser descubierta para encender de luz el mundo. La verdad es como una gran ciudad que se construye con diminutos ladrillos cada día. Ladrillos de pequeñas razones. Una ciudad inacabable que necesita constantemente de cuidados y mantenimiento. Y esos ladrillos-razones se fabrican con la materia prima más costosa y delicada: el pensamiento.

Pensar no es igual a creer. Pensar no es alimentar sentimientos ni emociones sino conocerlas, dominarlas. Pensar es saber lo que se ignora. Pensar es animar la duda, es buscar y preguntar. Pensar es llegar a tener opiniones y juicios. Pensar es existir como quiso demostrar Descartes y también lo que no se atrevió a decir, aunque lo dejó implícito: pensar es ser libre. Una libertad que es la más pura de todas las libertades aunque no regala nada.

En mi caso, y supongo que en todos los casos, el entusiasmo de lectora de artículos, o de literatura de ideas, ha sido alimentado por la literatura y la filosofía, y por la curiosidad de tratar de entender la ciencia: creo que estas son las raíces del pensamiento y de la expresión de ese pensamiento, o sea, de la opinión.

El artículo periodístico es la expresión de ideas que constituyen opinión.

Para eso se escriben tantos todos los días y en todos los lugares donde sea posible una prensa con cierta libertad. No exageremos: digo con cierta libertad, la del momento, la de las empresas, la de la elite dirigente, la que permite la democracia como sistema de convivencia. Es una libertad con límites... como todo. El absoluto no existe. Los conceptos absolutos, y la libertad es uno de ellos, se utilizan para la justificación de lo que no quiere ser debatido.

El concepto de opinión, cuando nos referimos a estos escritos, exige una exposición del asunto, una argumentación y un juicio. También puede expresarse esa opinión en artículos fabulísticos: con la parábola se extrae una conclusión, ya sea explícita o implícita. No es tarea fácil escribir bien una opinión argumentada o inducida por la retórica de las analogías o de las parábolas. Y, además, arrastramos una cierta displicencia sobre el concepto de opinión desde que Platón tratara de definirla en sus diálogos con Georgias. Para algunos, opinión es algo banal, sin importancia, carente de responsabilidad porque es libre, tan libre como el pensamiento que la ha engendrado, o iluminado, o escupido. Una libertad entendida como contraposición a la responsabilidad. En realidad, estos enemigos de la opinión contraponen la comunicación del pensamiento, materia de la opinión, al conocimiento verdadero.

Creo que es evidente que esta concepción del significado de opinión no es justa. Primero, porque no es cierto que el concepto de opinión sea banal. Por el contrario, constituye la única forma de comunicar ideas e ideologías, saberes y experiencias. La única manera sincera por parte del hablante de advertir que quiere expresar su pensamiento. ¿Es esto superficial? No, no lo es en absoluto. Y es una actividad comunicativa plena de responsabilidad. Es posible que, en ocasiones, el desprecio hacia la opinión esté motivado por cierto rechazo no asumido de la libertad de tantas expresiones porque dicha libertad permite que se opine sobre lo que

no se conoce o no se sabe y permite también la expresión de falacias y de mentiras. Esta postura es frecuente entre los "sabios platónicos", a quienes les molesta cualquier afirmación que no haya sido comprobada por la ciencia. Platón opuso a la opinión el saber del filósofo que, porque sabe, no opina, y no opina porque lo que dice son verdades no sujetas a opinión. Para Platón la verdad es el saber filosófico y para los platónicos de nuestros días la verdad es el saber de la ciencia. Platón concluyó que la opinión sólo puede ocuparse de cuestiones inconsistentes, superficiales y prescindibles, cuestiones que no se enseñan sino que tan sólo se perciben. Y en su *República* aparece sobre la doxa, la opinión, esta conclusión despectiva:

*- Por tanto, de los que perciben muchas cosas bellas, pero no ven lo bello en sí ni pueden seguir a otro que a ello les conduzca y asimismo ven muchas cosas justas, pero no lo justo en sí, y de igual manera todo lo demás, diremos que opinan de todo, pero que no conocen nada de aquello sobre lo que opinan (República, 479e)*

En esta obra suya, *La República*, Platón creó un mito que es uno de nuestros principales referentes culturales: el mito de la caverna. Con él, el sabio griego quiso explicarnos una de sus principales teorías, la de la percepción de la realidad, que ha ejercido una trascendental influencia en la historia del pensamiento occidental. Para Platón la realidad se construye a partir de las ideas y estas ideas poseen dos formas: conceptos (o sea, representaciones mentales) y realidades que existen con independencia de las cosas. Nos explica así que todo es una dualidad: primero, el pensamiento; segundo el conocimiento. Dualidad que choca: el pensamiento es la creencia simple, la opinión del que nada sabe, de lo que no va más allá; el conocimiento es la luz, la evidencia de lo real que no siempre se acepta. Ya lo sabemos: hubo un habitante de la caverna que logró desasirse de sus ataduras y con esfuerzo salió de la cueva y vio el mundo

real, y vio la luz, y volvió para relatarlo a sus compañeros encadenados, casi ciegos e ignorantes del mundo exterior a la caverna. Pero no le creyeron. Y como perturbaba la tranquila seguridad de su realidad deformada por sombras decidieron matarlo. Esos infelices eran los opinantes de Platón: ciegos e ignorantes dispuestos a asesinar la verdad que alterara sus deformadas creencias.

Muchos, muchísimos sabios de nuestra historia cultural, antes y ahora, son platónicos: desconfían de la opinión. Temen la necesidad de los conformados e ignorantes habitantes de la caverna.

Yo no soy "platónica". Por mi experiencia como lectora y analista de estos ensayos de ideas que son los artículos, creo que estoy en condiciones de afirmar que en España existe una opinión periodística sólida e influyente. Por supuesto también existen cavernícolas. De todo hay, lógicamente, porque los autores de estos pequeños ensayos representan el mundo real, una sociedad en un momento concreto.

El periódico no compete ahora por la primicia de la noticia porque ya siempre llega tarde. El periódico actual acoge en sus páginas relatos de la vida —las noticias, los reportajes y las crónicas— y muchos artículos de opinión. La tecnología ha hecho retroceder a la prensa dos siglos: antes del gran desarrollo tecnológico de la segunda mitad del siglo XIX, los periódicos no podían entender el concepto de actualidad y de noticia como posteriormente se entendió. Y se utilizaba como vehículo propagandístico en ese febril siglo donde pugnarón todas las ideologías. Más tarde, el periódico se apuntó a la carrera vertiginosa de perseguir la actualidad y se inventó el periodismo moderno, el periódico como producto de masas, gracias al desarrollo tecnológico. Pero ese mismo desarrollo, siempre imparable, ha devuelto a la prensa casi a sus orígenes. Internet, la radio, la televisión, son inmediatos en todo el globo, globales, instantáneos. La prensa perdió definitivamente esa carrera. Pero, a cambio, se le

ha devuelto al papel cierta dignidad perdida: ahora muchos artículos publicados son recordados, guardados, archivados; leídos, asimilados, discutidos; de modo que el papel del periódico tiene otro destino bastante más honroso que el de envolver el pescado.

Nuestra realidad es retórica. Y por eso creo que el lugar del ensayo y del artículo en general, de la expresión de las ideas, de los debates y de las ideologías es la prensa. Y su pretexto y causa es la actualidad. El periódico permite que el artículo surja de una necesidad inmediata de exponer problemas y avances del conocimiento, de debatir y de contrastar opiniones, de conocer argumentos. Y con la característica de que el lector sabe que las conclusiones pocas veces pueden cerrarse, que mañana otro dato, otro hecho, otra opinión pueden modificar lo que se creía como cierto.

Aquel mundo ordenado de Platón no existe, ni siquiera como idealismo. Pero Platón, Aristóteles y la mayoría de los filósofos de la Grecia clásica y muchos otros de nuestra cultura occidental, como Kant y Hegel, creían en el orden natural del mundo y de las cosas. Para ellos ese orden natural era coincidente con la estructura cognoscitiva del ser humano y la tarea del filósofo era desentrañar, sacar a la luz, como el sabio de la caverna, el orden perfecto y oculto. Esta fue la idea tradicional en Occidente del concepto de razón: la razón es lo que responde al orden natural de las cosas que se relaciona con el ordenamiento del intelecto humano. En consecuencia, el ejercicio de la razón es el descubrimiento de lo que ya estaba allí: la verdad, la belleza, el orden de la naturaleza, el amor universal, la armonía, el ser humano como la imagen creada a semejanza de un lejano dios.

El pasado siglo XX ha dejado una certeza decepcionante: ese orden natural, pulcro y exacto no existe. Para los griegos, el orden era un concepto absoluto, la idea que vivía de sí misma. Para la cultura judeo-cristiana, de la que también somos hijos, ese orden perfecto es

Dios. En el siglo XX los dogmatismos más absolutos dejaron al ser humano perdido, a la deriva de un relativismo mortal. Ha sido un siglo donde se esfumaron esos sueños de la Ilustración con su fe absoluta en la razón como continente de principios válidos para todos los hombres, todas las épocas y todas las culturas. El triunfalismo del racionalismo ilustrado engendró movimientos antirracionalistas que negaban la universalidad aspirante de la Ilustración y reclamaba la particularidad de cada territorio, de cada individuo y de cada diferencia. El pensador francés Alain Finkielkraut analizó esta situación en una polémica obra cuyo título es significativo: *La derrota del pensamiento*. Para este ensayista francés la historia de la humanidad no es razonable, ni tan siquiera racional, y la razón es ya histórica. El sueño de la razón produce monstruos, ya había advertido y pintado uno de nuestros más geniales artistas, Francisco de Goya. Y Michel Foucault, otro influyente pensador francés del siglo XX, nos dejó esa obra, *Las palabras y las cosas*, en la que nos dice que el hombre no existe, que no existió tampoco en otras épocas, que no ha sido más que una leve aparición fantasmal inventada por la Ilustración que lo coloca en el centro del saber y que inventó todas las llamadas ciencias humanas que hicieron del hombre un concepto científico. El hombre es una invención, pensaba Foucault, una invención de fecha reciente que muestra la estructura de nuestro pensamiento y su próximo fin. Con esta provocación Michel Foucault intentó rechazar el narcisismo occidental de considerar al hombre como el centro absoluto. Y concluyó que sólo hay cosas dichas y que el hombre desaparecerá en los múltiples e infinitos fragmentos de un lenguaje que ya no puede conocer ni entender.

Estas teorías relativistas respecto de todo nuestro ser y nuestro saber, que cuestionan la razón alcanzada, los valores proyectados por la Ilustración y los derechos humanos que se derivaron de ellos, han sido seguidas por varios pensadores europeos del ya finado siglo XX. Louis Althusser, haciéndose eco de

la teoría relativista y nihilista de Foucault, también sostuvo la irrelevancia del concepto de lo humano: *El hombre es un mito de la ideología burguesa. La palabra "hombre" es solo una palabra. Sólo el lugar que ocupa y la función que ejerce en la ideología y la filosofía burguesas le confieren su sentido.*

El dogmatismo religioso cedió paso a un dogmatismo de la razón que a su vez provocó la reacción del relativismo nihilista y la reacción que promovió el dogmatismo excluyente del nacionalismo y de la supremacía de la propia cultura frente a las otras. Estas dos realidades, dogmatismo y relativismo, como el haz y el envés de una misma moneda, suponen la paralización del pensamiento y, por tanto, de la expresión de ideas y argumentos, de la opinión, del necesario debate y de la necesaria búsqueda de la racionalidad. Ortega y Gasset no quiso ser escéptico aunque le influyó mucho en su momento la tentación relativista, pero se percató de ello e intentó combatir esa forma de no-pensamiento. En su obra *El tema de nuestro tiempo*, publicada en 1921, escribió:

*La sensibilidad de la época que ahora comienza se caracteriza por su insuñición a ese dilema: ni el absolutismo racionalista —que salva la razón y nulifica la vida—, ni el relativismo, que salva la vida evaporando la razón. No podemos satisfactoriamente instalarnos en ninguno de esos dos términos.*

Y sigue insistiendo sobre esta cuestión que hoy aún nos pesa: *la ceguera consiste en no querer ver las irracionalidades que suscita por todos lados el uso puro de la razón misma. El supuesto arbitrario que caracteriza al racionalismo es creer que las cosas —reales o ideales— se comportan como nuestras ideas. Esta es la gran confusión, la gran frivolidad del racionalismo.*

De este modo Ortega quiso rechazar las filosofías engendradas por la illus-

tración y negar el supuesto fundamental del racionalismo europeo clásico. Y también rechazó el relativismo nihilista de la reacción en contra. Para Ortega lo primario no es la idea sino la vida del ser humano y en esa vida se encuentran todas las realidades. De aquí proviene su sentencia más conocida: *Yo soy: yo y mi circunstancia.* La razón forma parte de la vida para Ortega y no al revés, supeditar la vida a una razón ya convenida o impuesta por otros, por aquellos que ejercen el poder.

Ortega y Gasset fue un gran pensador y un gran periodista: dirigió periódicos y revistas y escribió cientos de artículos. Es más, la mayor parte de su obra como filósofo, la engendró en sus artículos de prensa. Al modo de los sofistas griegos que acudían a la plaza pública para exponer sus ideas y opiniones, Ortega consideró el periódico como la gran plazuela del pensamiento. Ortega fue un articulista tan fecundo que en sus artículos periodísticos nos dejó casi toda su obra filosófica. La cadena de periódicos que construyó su padre, José Ortega y Munilla, y en los cuales él trabajó y escribió, fue el trampolín de los ensayistas de la generación del 98 como Unamuno y Azorín. Y tanto le preocupó a Ortega y Gasset este problema del dogmatismo y del relativismo como carceleros de la opinión que en un artículo de *El Espectador*, declaró como principio editorial el siguiente propósito:

*La historia de la ciencia del conocimiento nos muestra que la lógica, oscilando entre el escepticismo y el dogmatismo, ha solido partir siempre de esta errónea creencia: el punto de vista es falso. De aquí emanaban dos opiniones contrapuestas: es así que no hay más punto de vista que el individual, luego no existe la verdad —escepticismo; es así que la verdad existe, luego ha de tomarse un punto de vista sobreindividual —racionalismo. "El Espectador" intentará separarse de ambas soluciones, porque discrepa de la opinión donde se engendran. El punto de vis-*

*ta individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad. Otra cosa es un artificio. (...). La realidad, pues, se ofrece en perspectivas individuales, buscando razones.*

Buscando razones: de esta manera, desde el artículo de su periódico, Ortega apelaba a la necesidad de escuchar muchas voces y a la responsabilidad de ejercitar la racionalidad individual. También nos dio las claves de una lección histórica: comprobar cómo los conceptos absolutos se convierten siempre en absolutismos, en dogmas no sólo irracionales sino totalmente irracionales. El racionalismo extremo provocó la reacción del relativismo que sirvió a su vez para llegar a su aparente antónimo, el dogmatismo, cerrando así un extraño círculo. Hoy el relativismo tiene aspectos que se manifiestan en las ideologías. Muchas de las confusiones y paradojas que se observan en las sociedades occidentales se deben a que la aplicación de la relatividad a todos los conceptos hace muy difícil la toma de una postura o la aplicación de una medida política o social, ya que puede ser interpretada como absolutista. El dilema del relativismo se origina cuando hechos, instituciones o grupos antisociales y terroristas entran en contradicción con los valores de libertad, igualdad, derechos humanos, individualidad, justicia, democracia. En estas ocasiones no se debe mantener la neutralidad moral pero el relativismo obliga a ampararse en esa imposible neutralidad. El relativismo engendra paradojas pragmáticas muy difíciles de resolver: si se sostiene que toda verdad es relativa se absolutiza el concepto, invirtiendo la intención y negando el enunciado.

La idea engañosa del relativismo es su apariencia de igualitarismo, de pluralismo, de tolerancia y de humanismo, ya que reconoce a todas las opiniones como respetables, afirma que cada cual tiene su propia verdad única e irrefutable. De esta forma intenta aparentar su rechazo del racismo y de todo aquello que suponga en general aceptar la supremacía de

una idea sobre otra, de una opinión respecto a otra opinión, de una cultura sobre otra cultura. Y hasta puede comprenderse esta actitud relativista dada la reciente historia que Europa ha padecido por el absolutismo más criminal del holocausto nazi y el gulag estaliniano y por los complejos de culpabilidad que todavía afloran de su pasado colonialista.

Contra el relativismo y el sentimiento que engendra, el escepticismo, y contra su irracionalidad paralizante, deberíamos recordar unas cortas palabras de Victoria Camps (1991: xii) fácilmente memorables: *ninguna ética puede ser escéptica*; que el "todo vale" representa la negación de la ética misma. Contra el relativismo es necesario convencerse de que no existen valores absolutos sino que los criterios de validez los encontraremos paso a paso, pensando, comparando los distintos valores que se dan en distintas sociedades y eligiendo qué códigos son superiores por su contenido ético e incluyente. Y comprender que el aceptar una ética civil, laica, basada en valores con alcance universal, sin exclusiones de raza, sexo o religión, no significa ser dogmáticos. El tener opiniones sobre las cosas y razonar sobre ellas no significa aceptar todas las demás sin distinciones porque nos quedaríamos desnudos de pensamiento, despojados del ser. Y que el reconocimiento de muchos de nuestros valores culturales y sociales no significa dogmatismo ni etnocentrismo pues la principal característica de estos valores consiste en admitir que son transmisibles a todos, que tienen un intrínseco carácter universal. Y que si los aceptamos como marco de referencia nuestra obligación como opinantes es exigirlos y deseárselos para todos los seres humanos. Sería hipocresía etnocéntrica considerar nuestra cultura tan superior que es intransferible porque está hecha por y para individuos superiores. El propio Marx decía que no había que derogar los principios éticos del humanismo burgués porque eran muy válidos. Pero, eso sí, recalca Marx, lo exigible es hacerlos cumplir y no prestarnos al juego de que formen parte de una máscara retórica.

Esa postura también la comparte ahora el filósofo Jürgen Habermas. Este pensador alemán desarrolló sus razones en su obra *Discurso filosófico de la modernidad* (1991): Habermas considera que la Ilustración es una promesa aún no cumplida, que es un proyecto ideal por el cual es necesario seguir trabajando. Jürgen Habermas, que el 14 de octubre de 2001 recibió en Francfort el Premio de la Paz concedido por la Asociación de Libreros y Editores de Alemania, es un acérrimo defensor del diálogo constante entre culturas y de la racionalidad de ese diálogo necesario. Y por ello exige un cambio racional en las estructuras de poder. Habermas apela siempre a la racionalidad de los seres humanos, a la comunicación y al diálogo. Y en una de sus respuestas a los periodistas el día de su premio, este filósofo alemán dijo algo que podría ser el gran sumario de este trabajo: *El consenso es el objetivo, pero la discusión es el camino.*

La discusión a la que se refiere Habermas es el debate y el diálogo, realidades imposibles sin un trabajado ejercicio de racionalidad. Estar contra el dogmatismo significa no aceptar verdades reveladas por imposición, analizar y si acaso dudar de las certezas. Y la defensa contra el relativismo es adoptar una postura racional y considerar la duda como estímulo para poder tener opinión sobre la vida y sobre el mundo y para poder comunicarla. Además, necesitamos tener criterios, adquirirlos, modificarlos, enriquecerlos, elegirlos para poder opinar y para rebatir aquellas opiniones que consideremos erróneas o peligrosas o inaceptables: o simplemente carentes de matices necesarios. Si no es así sucumbimos al desconcierto provocado por otro equívoco frecuente: entender el pluralismo como claudicación continua ante opiniones que no queremos aceptar. El pluralismo no es sumisión ni significa relativismo. El pluralismo es el resultado del respeto a los individuos que forman una sociedad, y la defensa de que todos podamos manifestarnos, es decir, la defensa de la libertad de pensamiento y de opinión, de culto y de numerosas opciones vitales. Pero de ningún modo pluralismo

significa aceptarlo todo, no refutar, no debatir, transigir con discriminaciones o injusticias en nombre de un mal entendido respeto social. El pluralismo es ejercicio de libertad responsable y en nombre del pluralismo no se pueden aceptar los atropellos ni las injurias ni las injusticias contra ningún ser humano.

El pluralismo es una racionalidad ejercida a la hora de opinar y un consenso conseguido gracias a esa racionalidad. Consenso de cómo poder pensar y expresar opiniones oyendo otras y estableciendo unos límites de actuación que no pongan en peligro una pacífica convivencia siempre alcanzada con gran dificultad. Fue John Stuart Mill (1806-1873) quien más clarificó esta cuestión pragmática en su célebre ensayo *Sobre la libertad*. Isaiah Berlin, aquel gran filósofo no hace mucho fallecido (1998), dijo que Mill fue el defensor durante toda su vida, de los herejes, de los apóstatas y de los blasfemos, de la libertad y de la piedad, y le proclamó como uno de los mayores pensadores de nuestra cultura occidental porque tuvo una mente honrada, abierta, dialogante y civilizada.

El escritor y periodista francés, Jean Daniel, adelantó en un artículo de prensa titulado "Del tribalismo al integrismo", recogido después en un libro que reuña 15 artículos y una conclusión como un viaje por un siglo que en Occidente empieza y termina con el nacionalismo, estas proféticas reflexiones, las cuales obligan a pensar que el pluralismo es la única salida posible para el futuro de nuestras sociedades:

*¿Es difícil cerrar los ojos ante todos los estigmas que anuncian futuras divisiones? Abundan los expertos que profetizan que el mundo próximo no se dirige hacia una civilización universal, sino que, al contrario, hacia el choque de civilizaciones: conjunto étnico-económico de predominio confuciano, islámico, occidental, japonés, hindú, eslavo-ortodoxo, latinoamericano y quizás africano. Dicho de otro modo, el mundo inexorablemente se "comunitizará" y*

*repartiría entre cierta cantidad de nacionalismos étnico-religiosos. Como no será posible hallar una civilización superior a las demás, la famosa "aldea planetaria" que se suponía que nos serviría de aldea y patria, será, según el filósofo polaco Kalakowski, "una aldea incontrolable". (J. Daniel, 1995: 100)*

La verdad es que vivimos en un mundo muy contradictorio. En la defensa del pluralismo se ha querido encontrar la solución para los problemas ideológicos - que son siempre problemas de opinión, de concepción última de la vida- de las relaciones humanas y de la existencia, tanto individual como colectiva. Pero el problema es que con una sola palabra, pluralismo, no se construye una realidad. Cada cual interpreta el término como le conviene. Los pensadores de la Ilustración soñaron con un código universal de la razón para los seres humanos fundamentado en el *demos*, es decir, creado y asumido por la propia voluntad de los ciudadanos. Este sueño no fracasó a pesar de las múltiples y tremendas dificultades que hubo de superar a lo largo de los dos últimos siglos. Su máxima expresión la ha alcanzado en los actuales estados de derecho y en las sucesivas declaraciones de los derechos humanos.

Pero frente al sueño universal de los ilustrados surgieron ideologías que defendieron un mundo individualizado, compartimentado, formado por identidades particulares que defendían el máximo valor de lo "propio" y rechazaban el valor de lo ajeno. Estos dos modos de entender el mundo y la existencia siguen funcionando hoy como dos modelos supraideológicos. Hemos entrado en el siglo XXI con un refuerzo de los nacionalismos, de los fundamentalismos e integristas religiosos. Y aquel pasado y fatídico 11 de septiembre de 2001 acabó con el modelo universal uniformador de nuestra cultura. Necesitamos una racionalidad basada en un pluralismo real, difícil y contrario por su propia naturaleza a seguir creyendo que el único modelo de vida posible, las únicas formas de pensamiento válidas,

sigan siendo aquellas directamente ligadas a la productividad y al consumo. La racionalidad exige ahora comprender que no existe ningún todo anterior a las partes, sino que el todo es la suma de las partes, partes que no son estáticas sino dinámicas, cambiantes. Para Isaiah Berlin el pluralismo constituía el colmo de la liberalidad. *Ser liberal* -decía- *es no sólo escuchar las opiniones divergentes, sino admitir que quizá sean tus adversarios los que tienen razón*

Como conclusión de todo lo que he expuesto, creo que debemos agradecerle a la prensa el ejercicio de racionalidad argumentativa que nos regala a diario. Muchas opiniones expresadas en los numerosísimos artículos de los periódicos se basan en argumentos buenos, lógicos y racionales, como andaduras en el camino dialéctico de Habermas para alcanzar consensos. Pero, por el contrario, otros muchos artículos son ilógicos e irracionales, o sea, falaces. Esta diversidad es la que nos enseña a respetar opiniones divergentes, a comprender alguna vez que otros tienen más y mejores razones y, muy importante, a saber rebatir aquellas opiniones basadas en falacias lo que exige nuestra crítica racionalidad. Existen muchas falacias, aunque tal vez menos que buenos argumentos. En todo caso, la argumentación es un método de razón. Hemos visto sus mayores enemigos, los paralizadores de la opinión. Pero la ignorancia y la apatía también son poderosos enemigos. En realidad, nadie debería desconocer la palabra que usa, la razón o sin razón de sus opiniones. El estudio y búsqueda de la racionalidad argumentativa es la tarea más responsable y educativa que pueda realizarse. Entre otras cosas nos proporciona una impagable información social y psicológica del ser humano, o sea, de nosotros mismos, y volvemos así a la inagotable máxima del pensamiento socrático "conócete a ti mismo".

El primer paso en este ejercicio argumentativo es leer artículos periodísticos porque en ellos está el tiempo que nos ha tocado vivir; y porque su lectura nos permite cultivar la opinión y conocer su alcance.

El cultivo de la racionalidad argumentativa, es decir, de la ética más universal, incluyente y pluralista que pueda darse, comienza en la lectura de esos artículos de la plazuela periodística. Entre noticias y artículos, el periódico nos brinda la oportunidad diaria de saber y de pensar. No es el periódico una biblia ni mucho menos. Ni sus artículos salvan a nadie ni salvan de nada. Pero sí es el periódico una imagen que representa mucho de la vida. Sus páginas están preñadas de intereses partidistas, de ideologías a veces bastantes sectarias, de un *pathos* muy irracional en ocasiones. Pero, nos muestra el mundo, parcelado, sí, aunque con la vida de un pensamiento siempre activo. Como cualquiera de nosotros, el periódico puede comportarse racional e irracionalmente. Y eso nos ayuda a pensar y a tener criterios. Después del ataque del 11-S, Eco escribió en un artículo periodístico publicado por *El País* y por *Le Monde*:

*Precisamente en estos momentos de desconcierto hay que saber utilizar el arma del análisis y de la crítica, de nuestras supersticiones y de las ajenas.* (Eco, 2001)

Las supersticiones a las que alude Eco, las propias y las ajenas, son origen de numerosas falacias que no nos conducen más que a la confusión y a la injusticia. Esas supersticiones son una forma de no-pensamiento y se alimentan de ciertos sentimientos como la inseguridad y el miedo, de pasiones bajas y de ignorancia. Los prejuicios, las presuposiciones, las falacias ad hominem, los estereotipos, los tópicos, las generalizaciones... todo ello forma la amalgama de la incultura y de la negación de la razón. La racionalidad está del lado de la inteligencia y de la ética. Es decir, no hay civilización que pueda así llamarse sin un cultivo de la racionalidad argumentativa.

Con todas sus imperfecciones la prensa ha permitido que las democracias sean deliberativas. Esos 20.000 artículos publicados por los 7 diarios españoles de mayor índice de lectura durante el período de transición del siglo XX al XXI re-

latan y analizan hechos y opinan sobre cuestiones que afectan a muchos ciudadanos, a muchas individualidades. Constituyen un universo de opiniones representativas de un mundo que desgraciadamente estrenó época o milenio con una nueva guerra. La opinión expresada no ha podido evitar esta guerra a pesar de tantos artículos que han advertido de esta posibilidad. Pero, en todo caso, ahora ningún poder puede engañarnos con el argumento falaz de que se trata de tan sólo de una guerra de religiones o de civilizaciones: esto sería una falacia de inferencia originada por datos insuficientes y que se basa en la falsa causalidad. Falsa causalidad porque interesadamente simplifica e impide razonar sobre muchas cuestiones que deben debatirse y razonarse.

Si la expresión de opiniones racionales nos induce a reflexionar tanto individualmente como colectivamente, si la libertad de expresión de la que gozamos nos ayuda a corregir errores del pasado, entonces la plaza pública habrá adquirido la dimensión más gloriosa: exigir razones frente a las armas.

Los artículos de opinión de los periódicos que se escriben con tanta profusión han venido a demostrarnos que la opinión es una realidad que nos pertenece, como aquello de que el sol sale para todos. La opinión no es patrimonio exclusivo de filósofos ni de científicos ni de famosos. Todos tenemos el derecho y el deber de vivir en nuestro mundo y nuestro tiempo opinando sobre lo que pasa, sobre las ideas y sobre las acciones. Es decir, tenemos el derecho y el deber de manifestar nuestro pensamiento y ejercer la racionalidad argumentativa como una de las mayores responsabilidades para con los demás y para con nosotros mismos. Y otra cosa: quien no se haya enfrentado a comunicar lo que piensa sobre la vida y sobre lo que pasa en el mundo es muy posible que desconozca su propio pensamiento, que ignore si lo tiene activo.

Sólo quiero terminar con un recuerdo obligado para el pensador y escritor francés Michel Eyquem de Montaigne

(1533-1592). Montaigne fue el fundador del ensayo moderno, de esta costumbre tan arraigada en Europa de escribir ideas y opiniones para un público muy heterogéneo. Los *Essais* de Montaigne aportaron una forma de pensar escribiendo, o de comunicar el pensamiento y las ideas, que conserva hoy el interés de la racionalidad de un humanista inteligente y compasivo que escribió sobre lo que le importa a otros seres humanos. Fueron estos ensayos de Montaigne uno de los cimientos construidos sobre la base del humanismo heleno para la construcción de una torre infinita, la torre del pensamiento comunicado. Sin racionalidad, esa torre no podrá mantenerse erguida.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES (1980): *Argumentos sofísticos*. (Trad. de Francisco de P. Samaranch). Buenos Aires, Aguilar Argentina.
- ARISTÓTELES (1980): *Retórica* (Trad. De Antonio Tovar). Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- BERLIN, Isaiah (1992): *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona, Península.
- CAMPS, Victoria (1991): *La imaginación ética*. Barcelona, Ariel.
- CASALS CARRO, María Jesús (2001): "La opinión periodística: la última racionalidad" en *Las mil caras de la comunicación* (2 vol.). Libro Homenaje al profesor Ángel Benito. Servicio de Publicaciones de la Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid. Vol. I
- CASALS CARRO, María Jesús (1999): "El pluralismo: entre el escepticismo, la tolerancia y la responsabilidad de la prensa" en *Derecho y Opinión*, n.º 7. Universidad de Córdoba.
- DANIEL, Jean (1995): *Viaje al fondo de la nación*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- ECO, Umberto (2001): "A propósito de la 'superioridad' occidental". *El País*, 14 de febrero, sección Domingo. El mismo artículo (excepto el primer párrafo), "A propos de la 'supériorité' occidentale", en *Le Monde*, 10 de octubre de 2001, col. "Point de vue".
- FINKIELKRAUT, Alain (1988): *La derrota del pensamiento*. Barcelona, Anagrama.
- FOUCAULT, Michel (1988): *Las palabras y las cosas*. México, Editorial Siglo XXI.
- HABERMAS, Jürgen (1991): *El discurso filosófico de la modernidad*. Barcelona, Ariel.
- JAKOBSON, Roman (1984): *Ensayos de Lingüística general*. Barcelona, Ariel.
- MILL, John Stuart (1970): *Sobre la libertad*. Madrid, Alianza Editorial.
- ORTEGA Y GASSET, José (1966): *Obras Completas*. Madrid, Revista de Occidente.
- PASCAL, Blaise (2001): *Pensamientos*. Trad. de Mario Parajón. Barcelona, Círculo de Lectores y Madrid, Cátedra.
- PERELMAN, CH. Y OLBRECHTS-TYTECA, L. (1989): *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid, Gredos.
- PLATÓN (1988): *Diálogos (Georgias o de la Retórica)*. Trad. de Luis Roig de Lluis). Madrid, Austral.
- PLATÓN (1988): *La República*. (Trad. de José Manuel Pabón y de Manuel Fernández-Galiano). Madrid, Alianza Editorial

SANTAMARÍA, L. y CASALS  
CARRO, M.J. (2000): *La opinión pe-  
riodística: argumentos y géneros para  
la persuasión*. Madrid, Fragua.

SEBRELI, Juan José (1992): *El ase-  
dio a la modernidad. Crítica del  
relativismo cultural*. Barcelona, Ariel.